

HOMENAJE AL PROCER NACIONAL GREGORIO LUPERÓN (•)

La Academia Dominicana de la Historia celebra esta sesión solemne para conmemorar el primer centenario de aquel infausto acontecimiento ocurrido en la atribulada noche del 20 de mayo de 1897, cuando una larga y penosa enfermedad envolvió en el sudario de la muerte a uno de nuestros más excelsos héroes nacionales. Desde entonces la carne que tanto combatió en la guerra y orientó mucho en la paz, se fue desapareciendo para que desde su sepulcro surgieron iluminando el ambiente, las luces maravillosas de la inmortalidad, las que alumbran constantemente el sendero que deben trillar los pueblos.

Gregorio Luperón, el humilde mulato, que procrearon en 1839 don Pedro y doña Nicolasa, en Puerto Plata aún sometido por la dominación haitiana, mostró las más encendidas fibras patrióticas desde que nuestra patria volvió a ser colonia española, y así a partir de la ejecución de tan nefasto acontecimiento, se inició activamente en la lucha revolucionaria en las áridas estancias de la Línea Noroeste hasta culminar con una de sus más grandes acciones, la que escenificó en la batalla y en el incendio el 6 de septiembre de 1863, cuando Santiago de los Caballeros pareció en llamas en aras de lograr el rescate de la soberanía nacional.

(•) Discurso de apertura de la Sesión conmemorativa del Primer Centenario del fallecimiento del Prócer General Gregorio Luperón, 20 de mayo de 1997 por el Presidente de la Academia, Dr. Julio G. Campillo Pérez.



Y días después, el 14 de septiembre, cuando se reunieron los dirigentes de la epopeya restauradora para formar un gobierno provisional y organizar las acciones bélicas, surgió en el escenario una figura desconocida que rindió un informe sobre los sucesos del holocausto recién pasado y allí con voz vigorosa hizo el relato en un estilo que impresionó profundamente a la concurrencia, aunque el orador vestía un raído traje de fuerte azul y unas polainas improvisadas con los guanos que encontró en los polvos del camino. Pero para éxito suyo, hasta el más exigente de los presentes, dada su rígida educación británica y su ilustración superior, don Benigno Filomeno de Rojas, esbozó una sonrisa de satisfacción al escuchar a este joven que surgía de las penumbras inesperadas, pero quien desde ese momento ingresó al mundo de la gloria, el mundo que hoy es suyo, un mundo que se hace cada vez más poderoso al conseguir la veneración de la eternidad.

La vida terrenal de nuestro héroe ha sido muy difundida al servir de ejemplo consecuente y valiente de un nacionalismo inquebrantable, que no sólo rechazó a España sino también a Estados Unidos de América como a cualquier intento pecaminoso de mermar la soberanía nacional. Para ello se adaptó a los vaivenes de la política criolla, a veces en postura dirigencial como a veces también dentro de la impotencia del exiliado, pero siempre inquieto y ágil para cumplir con los mayores deberes patrios. Por eso llegó a ser la figura determinante de un partido político, un partido ondeante de la bandera azul, la bandera de las ilusiones liberales y las esperanzas democráticas, todo con fines de exaltar al poder a verdaderos civilistas, contrarios al caudillismo y al autoritarismo, como es el caso de Ulises Fco. Espailat y de Fernando Arturo de Meriño, como realidades, y Pedro Fco. Bonó, Miguel Casimiro de Moya, José Manuel Glass y Segundo Imbert, como proyectos no logrados. Y dentro de ese gran liderazgo se asoció a la causa de la independencia de las Antillas Hispánicas, para apoyar sin reservas a los Máximo Gómez, a los Antonio Maceo, a los Ramón Emeterio Betances y a los Eugenio María de Hostos, en sus patrióticos propósitos



emancipadores, lucientes de banderas con estrellas solitarias y con barras y triángulos inversos, en un caso azules y en otros, rojos.

Aunque quizás Uds. no lo crean, para nosotros el verdadero Talón de Aquiles de Gregorio Luperón fue su rivalidad política regional con el incipiente e inexperto abanderado del Partido Azul en las regiones del Sur y del Este, el General Cesáreo Guillermo. Esta situación fue muy bien advertida por el más confiable y leal de los subalternos del héroe, su lugarteniente Ulises Heureaux, actor de una teatralidad de falsía, difícil de superar ya que a él se le importó un bledo convertirse paulatinamente en el hombre traidor, en el hombre perverso, el tipo de hombre que más detestaba y sancionaba Gregorio Luperón, dentro de su legado ético.

Así, en 1882 Heureaux consiguió la presidencia rechazando una invasión de Cesáreo Guillermo que arribó a las playas orientales de la República y aplicando con sumo rigor el terrible Decreto de San Fernando, fueron ejecutados muchos participantes de esa expedición, entre ellos los destacados poetas Juan Isidro Ortea y Rafael Pérez. Cuatro años después, en 1886 Heureaux volvió al poder por encima de los programas liberales de la derrotada candidatura. Moya-Billini, vencidos con fraudes electorales y conjuntamente con esos aparentes triunfos, su mayor trofeo sanguinario, la persecución sin cuartel y posterior suicidio de Cesáreo Guillermo.

Sorprenden pues estas noticias sobre todo cuando se piensa que Cesáreo Guillermo pudo ser un atolondrado cacique regional con ínfulas presidenciales, incapaz de medirlo o de pesarlo frente a la figura egregia de Gregorio Luperón, admirado y respetado por toda la nación. Pero así es la historia, que se nutre de pequeñeces a veces desapercibidas, pero que indudablemente en nuestro caso, el final trágico de Cesáreo Guillermo es el inicio arrollador de la tiranía de Ulises Heureaux y con ello, la liquidación del extraordinario ascendiente político de Gregorio Luperón. Mala suerte nacional por sucumbir la libertad frente al despotismo!.



Consciente de su gran papel histórico, Gregorio Luperón es uno de los pocos dominicanos que llevó a la posteridad su trayectoria pública a través de unas memorias, que en parte escribió Manuel Rodríguez Objío y en otras que resultan ser su propia autobiografía, y por lo cual gracias a ellas, conocemos aunque en ocasiones tenido por la pasión y en otras por la vanidad, un gran relato de los acontecimientos políticos nacionales que ocurrieron principalmente en la segunda mitad del siglo XIX. Que pena que Juan Pablo y Rosa Duarte no lograron transmitirnos con mayores detalles las ejecutorias patricias del fundador de la República!.

Hace pues cien años que perdimos físicamente a Gregorio Luperón, víctima temprana del vitiligo y en sus postrimerías del cáncer fulminador, pero este suceso solo fue un accidente, pues la admiración y el aplauso callaron el llanto, mitigaron el dolor, y más tarde, evitaron la humedad de las lágrimas que petrificó el tiempo, todo porque sus despojos se convirtieron en el polen maravilloso que reverdece continuamente los laureles y las palmeras del escudo nacional formando parte indispensable de las entrañas de ese gran símbolo patrio, que lo ha guardado avaramente en este primer siglo como muestra imperecedera de la perpetuidad que le espera el próximo siglo y los demás siglos venideros, mientras en el Mar Caribe se divise un terruño que se llame República Dominicana.!

Santo Domingo, R. D. 20 de mayo de 1997
Dr. Julio Genaro Campillo Pérez
Presidente

